Comentarios de la Lección

III Trimestre de 2009
Amadas y llenas de amor: Las epístolas de Juan

Lección 7
15 de Agosto de 2009

Vivir como hijos de Dios

Prof. Sikberto Renaldo Marks

Versículo para Memorizar: *"Mirad cual amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios, por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a Él"* (1 Juan 3:1).

Introducción

Hay dos motivos para reflexionar partiendo de este versículo: el de ser llamados hijos de Dios, y el hecho de que el mundo no nos conozca. ¿Qué quieren decir estas dos expresiones?

Nosotros, seres terrenales, somos hijos de Dios por partida doble. Evidentemente, por haber sido creados, somos sus hijos. Todas las criaturas de Dios son sus hijos. Entre ellos están incluidos los que lo rechazaron, y esto es así porque no hay manera en que alguien deje de ser hijo. Por ejemplo, por más que los padres sean personas correctas, si uno de sus hijos se convierte en el peor de los criminales, no por esa razón dejar de ser el hijo de aquellos padres. Del mismo modo, los impíos continúan siendo hijos de Dios.

Pero, ¿no es que hay una distinción entre los hijos de Dios y los hijos de la perdición? ¿O no era así en los tiempos antiguos, en los que existían los hijos de Dios y los hijos de Satanás?

Es una curiosa situación. Por creación, en verdad todos son hijos de Dios, pero debido a la rebelión obstinada, deliberada, consciente, tales seres se convirtieron, por decir así, en hijos del mal, o dicho de una mejor manera, en "ahijados" del mal. Y Satanás mismo está en esa condición. Él era una criatura de Dios, no hay manera de negarlo, pero por su decisión rebelde, ya no admitió ser hijo de Dios. El mismo quiere ser como Dios, esto es, sin tener origen en otro ser. Y en esta situación se convirtió en hijo de la perdición, que es él mismo.

Los que siguen a Satanás, aunque jamás dejen de ser criaturas de Dios, se convierten también en hijos del mal, siendo que Satanás no es el su creador, sino quien los ha esclavizado. El demonio no tiene criaturas que son suyas, sino tiene seguidores, que se

convierten en esclavos suyos. Sobre este tema, la libertad y la esclavitud, comentaremos más adelante en este comentario.

Es un grande privilegio no sólo ser, como realmente lo somos, hijos de Dios, sino también el hecho de considerarnos así. Nosotros, seres terrenales, somos hijos de Dios por partida doble, pues al nacer Jesús y venir a vivir aquí se convirtió en un hermano nuestro, un integrante de la raza humana. Y venció a Satanás, por lo que se convirtió en nuestro Salvador. Así, somos hermanos del Salvador y, por lo tanto, una vez más hijos de Dios, ahora por adopción para redención. Este segundo estatus no alcanza a todos los seres humanos, sólo a los que aceptan a Jesús como su Salvador. La adopción por Dios es una cuestión de opción personal, es decir, el arrepentimiento de nuestros pecados.

¿Y por qué el mundo no nos conoce? Porque somos ciudadanos de otro reino, el del amor, y las personas de este mundo son ciudadanas del imperio de Satanás, donde no se ama, sino que se odia. Aquellos que aman, logran entender a los que odia, pero esa lógica es contraria para quien odia, para así lograr entender a quien ama. Por ejemplo, ¿cómo puede el mundo aceptar que Jesús venció si Él fue vergonzosamente crucificado? ¿Cómo puede el mundo entender a uno de los hijos de Dios cuando es puna persona absolutamente honesta? ¿Cómo puede entender el mundo a un hijo de Dios que no apela a la violencia para vengarse de algún mal que le fue hecho? El estilo de vida de los hijos de Dios está totalmente fuera de la lógica del mundo. Un hijo de Dios, al vender su auto, siempre hará un negocio honesto, sin esconder los defectos. El mundo ridiculiza eso. El mundo no logra entender las palabras y el modo de vida de Cristo, nuestro hermano mayor. Así, evidentemente, tendrá idénticas dificultados con respecto a nosotros si vivimos a semejanza de Jesús.

Hijos de Dios (1 Juan 3:1)

Ser hijo de Dios significa pertenecer a su familia. Y es una gran familia. Hay ángeles en ella en una cantidad que debe ser increíble. Estos seres se presentan directamente delante de Dios. Hay seres inteligentes en muchos otros mundos, en las millones de galaxias allende el universo. Todos ellos también forman parte de esa familia. Nosotros hemos vuelto a esa familia, puesto que antes estábamos apartados porque nos relacionamos con otro ser creado, Satanás. Pero Dios, por medio de Cristo, nos rescató, y tenemos la posibilidad de convertirnos nuevamente en parte de la familia de Dios.

¿Qué es lo que caracteriza a alguien que forma parte de la familia de Dios? Evidentemente, tenemos que creer en Dios (Juan 1:12), y vivir una vida práctica tal como Dios aprueba, practicando la justicia (1 Juan 2:29). Hemos nacido de nuevo, no por un nacimiento natural, sino espiritual, esto es, nacidos de Dios (1 Juan 3:9). Esto quiere decir que tenemos, luego del nuevo nacimiento, una nueva naturaleza, la divina, y por eso nos rehusamos a pecar. Pero la vieja naturaleza todavía está con nosotros, pues todavía no hemos sido transformados. Por lo tanto, tenemos las dos naturalezas, la antigua y la nueva. Una ansía las cosas de esta tierra, la otra busca las cosas del Cielo. Se establece así el conflicto, y nosotros somos los que decidimos con cual naturaleza nos quedaremos. La nueva naturaleza es la de la familia de Dios. Si la aceptamos, estaremos formando parte de la familia de Dios. La decisión de retornar, o no, a la familia de Dios es sólo nuestra.

Formar parte de esta familia lleva a otras experiencias de vida. Dejaremos las cosas engañosas de este mundo y nos sentiremos felices, realizados, y nos deleitaremos con las pocas atracciones para los seres santos que todavía son posibles en esta tierra. Pero después de ser salvos, las delicias para nuestra felicidad jamás se agotarán. Nuestro país no es alguno de esta tierra, sino aquél que Jesús fue a preparar, un lugar para vivir en plena y total felicidad. Eso, ahora, no podemos siquiera imaginarlo.

Resultados y responsabilidades (1 Juan 3:2, 3)

¿Qué pasó con Satanás que quiso ser semejante a Dios, al Altísimo, y finalmente se convirtió en rebelde? El no quería ser semejante a Dios en carácter, sino en poder, quería ser adorado por las criaturas. No sabemos cómo, pero Satanás quiso ocupar un lugar en el trono de Dios, posiblemente el del Hijo de Dios. El deseó participar de los planes para crear nuevos mundos.

Ahora bien, ¿cómo alguien que era una criatura podía tener los mismos atributos que Dios? ¡Eso es imposible! Pero Lucifer enloqueció, imaginó que podía acceder a un plano imposible. Jamás podría, por ejemplo, garantizar la vida de las criaturas, ¿cómo entonces haría para mantener el equilibrio del universo? ¿Cómo haría para estar, al mismo tiempo, en todos los lugares de este vasto universo? El hecho es que él quiso ser tan poderoso como Dios, y no sabemos cuáles podrían haber sido sus planes si efectivamente hubiera ocupado el lugar de Dios. Eso, evidentemente, habría significado una tragedia universal.

Lo mismo ocurre con nosotros. Si deseamos algo que está por encima de nuestras posibilidades, creamos problemas, en primer lugar, para nosotros mismos. Sin embargo, aquellos que humildemente ansían ser semejantes a Cristo, realmente lo serán. Esto es lo que 1 Juan 3:3, 3 nos dice. Pero continuamos siendo criaturas, aunque semejantes a Él en carácter. ¿Y eso qué significa? Que tendremos la Ley de Dios en nuestros corazones. Tendremos en nuestras mentes los mismos principios de vida que Dios: los Diez Mandamientos. Seremos puros, mansos, y no seremos atraídos por nada del mundo, pensando mucho en el futuro en el cielo. Nuestros intereses ya no están aquí en la tierra, sino en la Tierra Nueva. Aunque no sabemos mucho de ella, el deseo de vivir allí suplantará el deseo de cualquier cosa buena de aquí. Podemos tener buenas cosas en la tierra, pero no las consideraremos importantes, El enfoque de nuestra vida ser la de vivir como Jesús para que algún día, muy pronto, poder verlo y estar definitiva y eternamente con Él.

Una definición de pecado (1 Juan 3:4)

En cierta oportunidad, una compañera de trabajo me preguntó: "¿Qué es el pecado? Para mí no existe. No debemos preocuparnos con el pecado pues es el fruto de la imaginación de fanáticos". ¿Podía estar en lo cierto?

Hay otros que opinan algo diferente. Afirman que luego de la resurrección de Cristo ya no es necesario obedecer la ley, pues estamos bajo la gracia.

Ahora bien, seamos prácticos y lógicos. ¿Tienen sentido tales afirmaciones? ¿Son razonables? Lo que afirman, ¿es viable? ¿Puede ser real?

¿Qué es pecado? La Biblia dice que es la transgresión de la Ley. ¿Qué Ley? En primer lugar, la de los Diez Mandamientos, pero no solo esa Ley. Es también la transgresión de las leyes de la salud, las leyes civiles, las reglas de tránsito, las leyes del código civil, comercial, penal, etc. O sea que el pecado es la desobediencia, un crimen, la ilegalidad, una clase de rebelión contra los principios. El pecado es algo malo, que perjudica a quien peca y/o a otras personas, incluso la naturaleza. Pecado es algo que causa problemas, disgustos, infelicidad, separación, desconfianza, peleas, guerras y, finalmente, enfermedad, sufrimiento y muerte. Pecado es tanto la transgresión de las leyes de Dios como la de las buenas leyes de los hombres. Por ejemplo, traficar drogas es pecado, así como evadir impuestos o piratear programas de computadora. Los pecados tienen nombre, y no podemos continuar huyendo de los hombres de ellos hasta que Jesús vuelva. El pecado pone al "yo" por encima de todo, y de todos los demás que se perjudican. El pecado quiere que tomemos ventajas sobre los demás, privilegios, aunque sea por medios ilícitos y sus resultados ilusorios. Siempre acarrea algún efecto nocivo, tarde o temprano.

¿Es razonable afirmar que el concepto de pecado es una ridiculez, si sus consecuencias están visiblemente destruyendo a la sociedad humana, a la naturaleza y al planeta? La criminalidad sólo aumenta; la inmoralidad, la corrupción y el egoísmo también, y están tomando control de la sociedad humana, por lo que se sufren las consecuencias de ello. Las autoridades ya no saben qué más hacer. ¿Es por lo tanto razonable decir que el pecado no existe?

Por otra parte, ¿es razonable decir que ahora estamos bajo la gracia y que ya no necesitamos la Ley? Seamos prácticos una vez más. ¿Es posible imaginar una sociedad sin leyes, sin reglas, sin principios? ¿Es posible imaginar una sociedad que viva solamente por la gracia, sin una ley? ¿Es posible tener alguna organización, una empresa, un equipo de trabajo, o cualquier clase de organización, sin ninguna regla establecida? Si no tiene reglas, no podría ser una organización, y si intentara serlo, a pesar de todo, no funcionaría. Entonces ¿necesita la humanidad leyes o no? ¿Podría haber una sociedad humana sin leyes? ¿Cómo es que hay pastores que predican en el mundo que ya no necesitamos la Ley?

¿Quiere decir que se puede robar, matar, mentir, etc., pues ya no hay ley puesto que estamos únicamente bajo la gracia? Si esto fuera una realidad, ¿qué gracia sería esa, y que Dios sería ese, el que permite que pase de todo? Eso no podría llamarse "gracia", sino "libertinaje"… cada uno haciendo lo que se le da la gana, la gracia lo permitiría, el hacer lo malo, estaría perdonado por la muerte en la cruz. En ese caso, ¡qué sacrificio tonto e inútil sería el de Jesús, al morir por la libertad de los pecados y –al mismo tiempo– instituyendo una sociedad libre para pecar! Una sociedad sin ley está liberada para hacer tanto el bien como el mal. Cualquier persona que tuviera un mínimo de inteligencia y un poco de raciocinio, entendería que una teología como esa es simplemente inviable en la práctica, pues lleva a la sociedad al caos. Y es pergeñada por el anticristo.

¿Cómo tales absurdos pueden llegar a afirmarse con tal seguridad? ¿Cómo hay personas que escuchan a tales predicadores y les creen? ¿Qué podría pasar en este mundo en el que, por un lado, algunos dicen que no hay pecado (da lo mismo que decir que no hay ninguna clase de desobediencia) y, por otra parte, predicadores que afirman que no hay ley? ¿A dónde quiere llegar esta gente?

Quieren llegar a un único punto: anular la Ley de Dios que une a los seres humanos con el Creador. Quieren convertir a la raza humana en esclava de Satanás, el anticristo, tal como ya hemos estudiado. Quieren separar a los hombres de Dios y hacerlos esclavos del enemigo. Ante esta realidad, en este comentario estudiaremos cómo la Ley nos hace libres en Cristo.

Si prestamos atención, notaremos que la gran mayoría de los seres humanos han sido engañados y seducidos por un conjunto de argumentos absurdos, sin ningún sustento lógico. Alcanza con un poco de razonamiento y todo se desmorona. Pero, ¿cómo es que la mayoría de las personas han caído en tal argumentación irrazonable? El poder de Satanás hace que se crea en lo irrazonable, para que los seres humanos piensen que lo que está equivocado es lo correcto. La Biblia llama a eso “operación del error” a través de la cual los hombres que desean y aman a este mundo llegan a creer en absurdos sin fundamento, a tal punto que, oyendo la pura Palabra de Dios, no la aceptan como simple verdad de Dios. La verdad que es fácil de entender es puesta fuera del alcance de esas personas. Así no entienden a Cristo y no entienden al pueblo de Cristo, aunque no dejen de hablar de Cristo, incluso con la Biblia en la mano. Eso demuestra cuán poderoso es Satanás para engañar. Que nadie ponga en duda su poder para seducir a los seres humanos.

En esto hay un llamado de alerta para nosotros. ¿Será que somos diferentes de esa mayoría, y estamos inmunes a los engaños de Satanás? ¿Será que no caeremos jamás en alguna clase de argumentación esgrimida por él, personalizada en uno de nosotros? Si fuera así, nunca habría necesidad de que la profecía del zarandeo se cumpliera en nuestra iglesia.

La aparición de Jesús (1 Juan 3:5-8)

Cristo Jesús apareció para quitar los pecados del mundo (1 Juan 3:5). Este acto de quitar los pecados involucra a aquellos que se salvarán y aquellos que se perderán. Habrá un día en el que ya no habrá más pecado en esta tierra, ni rastros de él y no quedará ni raíz (Satanás) ni rama (sus seguidores) de pecado. Jesús ya lo hizo posible, pero ¿cómo hizo para eliminar el pecado?

En primer lugar, nació como ser humano. Él mismo se hizo hombre. Nació viniendo del cielo, en María, pero no de María y José. Nació perfecto, no era descendiente de pecadores. Vino al mundo sin pecado. Si hubiera nacido en pecado, con herencia de pecado, con la genética pecaminosa, no podría salvar a los demás hombres pecadores. Vino como un ser divino, un Dios que se hizo hombre, y como cualquier hombre quedó sujeto a los riesgos y las limitaciones humanas. Se convirtió verdaderamente en un ser humano.

En segundo lugar, aquí vivió como un ser humano, pero sin cometer siquiera un pecado. Vivió como Adán y Eva debieron haber vivido, aunque Él lo haya hecho en un ambiente extremadamente hostil comparándolo al Jardín donde vivieron nuestros primeros padres. Si Él hubiera cometido aunque sea un pecado en sus días de vida como ser humano, su sacrificio ya no valdría nada. Y nadie de aquí se salvaría, ni Él siquiera viviría, sino que moriría junto a nosotros, pues la Ley que dice que la paga del pecado es muerte, también estaría valiendo para Él.

A su debido tiempo, fue apresado y juzgado por los pecadores, flagelado por ellos, condenado, crucificado y muerte por pecadores. Derramó su sangre por los pecadores, para salvar los pecadores, incluso a aquellos mismos que estaban intentando destruirlo. Durante todo el tiempo en el que Él vivió en la tierra, inclusive en los momentos en que la ira de los hombres excitados por Satanás estuvo en su punto máximo, no dejó de amar a los seres caídos, y no dejó de cumplir con su misión de salvarlos. En el punto máximo de su sufrimiento, en lugar de odiar a los hombres, los perdonó por un pedido expreso a su Padre Celestial.

Es así como se manifestó para quitar el pecado del mundo, para destruir al pecado que aquí domina. El adquirió el derecho para hacer lo que deseara con el pecado y sus promotores. Y Él lo hará, según sus planes. Llegará el día en el que se ejecutará su justicia, pues tiene el pleno derecho de hacerlo, y hará que cada obra de maldad sea compensada por el sufrimiento de quien fue responsable por esa obra. Cada ser impío que no se haya arrepentido tendrá que soportar las consecuencias del mal que provocó. Eso será al fin del milenio que está pronto a iniciarse, puesto que comenzará cuando Jesús vuelva por segunda vez. Luego, ya no habrá motivos para recordar los tiempos del pecado, pues ya no existirá más. De él sólo quedarán las marcas de la crucifixión en el cuerpo de Jesús.

¡Sin pecado! (1 Juan 3:6-9)

"Sin pecado" hace referencia a la obediencia plena a la Ley de Dios. Llegaremos a ese estado pleno sólo después de la transformación, cuando tendremos la Ley de Dios en nuestros corazones. Sobre este punto haremos referencia más adelante.

¿Es posible, antes de la transformación, aún poseyendo la condición de pecadores, vivir sin pecar? No es posible, pues quien tiene la naturaleza pecaminosa, por más que se esfuerce, y por más que sea fiel a Dios, eso no cambiará su condición de pecador, y quizá de vez en cuando caiga en algún pecado. Pero, ¿qué quiere entonces decir Juan cuando afirma "todo el que permanece en Él, no sigue pecando"? Es fácil de entender. Esta persona "no vive" pecando, o sea que si peca, lo hace eventualmente, en contra de su voluntad espiritual de la naturaleza de su nuevo nacimiento. Y si peca, se arrepiente, se entristece por haber caído en la celada. Y desea firmemente no repetir su caída. Se arrodilla delante de Dios y en nombre de Jesús pide perdón. Al proceder de esa manera, no pecará permanentemente sino que será de manera eventual. Juan también dice que si pecamos, tenemos un Abogado para que, luego del arrepentimiento, seamos perdonados.

Pero necesitamos referirnos a la Ley de Dios, que Pablo caracteriza como "Ley de libertad" (Santiago 1:25). La Ley de dios contiene los principios de la libertad. Son los principios del carácter de Dios. Pero sólo seremos libres si tenemos esos principios en nuestra mente, o sea, si tenemos el propio carácter de Dios en el nuestro. Eso quiere decir tener a Dios en nosotros. Seremos entonces libres porque nuestra voluntad será orientada naturalmente por esos principios de carácter por los cuales el propio Dios se orienta. Toda nuestra voluntad, todo lo que deseemos hacer, siempre estará de acuerdo con esos principios. Y será muy placentero vivir en tal condición, pues todos nuestros deseos serán hacia lo bueno, y eso generará motivos para la felicidad. Esta condición se irá consolidando en nosotros en la medida en que, día tras día, seamos transformados por Dios, esto es, seamos santificados. Seremos cada día más libres en Dios, pues Dios, es

decir, su carácter, estará en nosotros. O sea que la persona permanece en Dios y Dios permanece en ella. En eso el amor de Dios estará siendo perfeccionado todos los días (esto es, la persona siendo santificada, comparar con 1 Juan 2:5; 3:24). Así irá decayendo la tendencia al pecado, y la probabilidad de caer será cada vez menor.

Por otro lado, quien vive pecando no tiene a Dios con él, y no es de Dios. Está con Satanás, y por eso vive pecando sin tener el deseo de abandonar sus pecados. A veces se trata de una persona que no deja algunos de ellos, se apega a ellos y los transforma en ídolos. Puede estar en la iglesia y ocupar altas responsabilidades. Pero es importante aclarar que esta persona, así como todas las demás, tendrá siempre oportunidad de cambiar de actitud y de arrepentirse de todo.

Con Satanás no hay libertad. El usa la fuerza para hacer que hagamos lo que desea, que es pecar. Utiliza la televisión como uno de los medios más poderosos para inducir a las personas a pecar. Utiliza muchos otros medios tales como las películas, las revistas, la propaganda, los estilos de vida que va imponiendo, innumerables engaños, etc. Genera situaciones en las que las personas se ven condicionadas a pecar. En esas situaciones, las personas tienen grandes dificultades para decidir ir en contra a lo que se les va imponiendo, y pierden su libertad de elección. Se transforman en esclavos de Satanás. Dios, por el contrario, jamás fuerza en lo más mínimo nuestras decisiones, pues Dios enseña (ver la cita a continuación), cómo vivir. Satanás no enseña, va imponiendo conductas. Con Dios estaremos libres para escoger y con los principios de su Ley en nuestras mentes, sabremos escoger lo que es bueno para nosotros y nuestros semejantes. Entonces seremos capaces de amar y ser amados. Pero con Satanás viviremos condicionados al pecado, y con él al control será muy difícil dejar los pecados, pues el diablo siempre generará atractivos por los cuales el pecador se vuelve dependiente.

Reflexionemos en cómo Dios nos transforma a través de estas citas de Elena G. de White. “Los ángeles de Dios… contemplan con admiración y gozo el hecho de que los hombres caídos… puedan por las enseñanzas de Cristo, desarrollar ahora caracteres conforme al modelo divino, para ser hijos e hijas de Dios, y desempeñar un papel importante en las ocupaciones y placeres del cielo” [*Testimonios selectos*, tomo 1, p. 206]. “Cristo espera con un deseo anhelante la manifestación de sí mismo en su iglesia. Cuando el carácter de Cristo sea perfectamente reproducido en su pueblo, entonces vendrá Él para reclamarlos como suyos” [*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 47].

Aplicación del estudio

“Nadie se engañe a sí mismo creyendo que pueda volverse santo mientras viole premeditadamente uno de los preceptos divinos. Un pecado cometido deliberadamente acalla la voz atestiguadora del Espíritu y separa al alma de Dios. ‘El pecado es transgresión de la ley’. ‘Y todo aquél que peca [transgrede la ley], no le ha visto, ni le ha conocido’ (1 Juan 3:6). Aunque Juan habla mucho del amor en sus epístolas, no vacila en poner de manifiesto el verdadero carácter de esa clase de personas que pretenden ser santificadas y seguir transgrediendo la Ley de Dios. ‘El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, es mentiroso, y no hay verdad en él, mas el que guarda su palabra, verdaderamente en éste se ha perfeccionado el amor de Dios’ (1 Juan 2:4, 5, V.M.). Esta es la piedra de toque de toda profesión de fe. No podemos reconocer como santo a ningún hombre sin haberle comparado primero con la sola regla de santidad que Dios haya dado en el cielo y en la tierra. Si los hombres no sienten el peso de la ley moral, si empe-

queñecen y tienen en poco los preceptos de Dios, si violan el menor de estos mandamientos, y así enseñan a los hombres, no serán estimados ante el cielo, y podemos estar seguros de que sus pretensiones no tienen fundamento alguno".

"Y la aserción de estar sin pecado constituyo de por sí una prueba de que el tal asevera dista mucho de ser santo. Es porque no tienen un verdadero concepto de lo que es la pureza y santidad infinita de Dios, ni de lo que deben ser los que han de armonizar con su carácter, es `porque no tiene verdadero concepto de la pureza y perfección supremas de Jesús ni de la maldad y horror del pecado, por lo que el hombre puede creerse santo. Cuanto más lejos esté de Cristo y más yerre acerca del carácter y los pedidos de Dios, más justo se cree" [*El conflicto de los siglos*, pp. 526].

Antes del estudio de esta semana, me propuse en mi corazón que estas lecciones serían, en primer lugar, para mí mismo. Y no sabía que la lección terminaría con esta cita de Elena G. de White, que en síntesis me está diciendo: "Si tú quieres enseñar a otros, primero debes renunciar a todo lo que hay de perjudicial en el mundo; si no actúas así estás enseñando como los fariseos, lo que ni siquiera tú mismo estás poniendo en práctica". Así podemos resumir la cita anterior, extraída de *El conflicto de los siglos*.

Esta semana ¿ha sido de reflexiones acerca de nuestra vida aquí en la tierra, y en todo lo que todavía tenemos que entregarle a Dios para que Él nos transforme? Siempre queda algo.

La cita hace referencia a los pecados generalmente considerados pequeños, a los que no les damos mayor importancia, a lo que constituye una mundanalidad insignificante, pero que son lo suficientemente nocivos para excluir a la persona de la vida eterna. Entre nosotros hay muchos de ellos. El pueblo de Dios difícilmente cae por grandes delitos, sino por pequeñas cosas. Me gustaría que meditáramos en la situación hipotética que expondré a continuación, pero no sin antes releer el texto del Espíritu de Profecía anteriormente citado.

Imaginemos a una hermana que hace su trabajo regularmente en la iglesia con ejemplar dedicación. Todos los sábado está bien temprano en el tiempo, con gran amor en el corazón preparando algunas cosas importantes que luego estarán incluidas en el programa. A la tarde visita a los enfermos y da algunos estudios bíblicos. Durante la semana conduce con mucho éxito dos grupos pequeños, y muchas personas de ellos ya se han acercado a la iglesia. Siempre es nominada en las sesiones de la Junta de Nombramientos para ocupar varios cargos. Humildemente los acepta, y cumple con sus responsabilidades con máxima dedicación.

Pero hay un "pero" en su vida. Algo que "todo el mundo hace", como se dice por allí, o como se racionaliza. Como muchas otras hermanas, incluso algunas esposas de altos líderes de la iglesia, también ella tiene su minúsculo pecado voluntario que, de tan común, ni siquiera es considerado pecado. Pero su práctica no soporta una mínima lectura de la Biblia o el Espíritu de Profecía. Ella utiliza variados recursos de la cosmética para parecer más joven, y esconder tras su apariencia su edad. Hay suficientes instrucciones con respecto a este tema, pero poco se habla de él, porque muchos estarían hablando contra sus propias esposas. Pero todos saben, en el fondo, que todos esos artilugios no son correctos. Y así, *"como 'todo el mundo' lo hace* (aunque no sea así), *yo también lo hago. Al fin de cuentas, me siento mejor conmigo misma, a mi marido y a los demás les gusta, y él deja de mirar a otras mujeres…"*

Supongamos otro escenario. Un día, ya no hay más interesados en recibir estudios bíblicos. Y escuchas hablar de unas terribles úlceras en algunos lugares del mundo. La enfermedad se está esparciendo en varios lugares, y no tiene cura. Son extremadamente dolorosas. Y surge la pregunta: "¿Será que ya han comenzado a caer las plagas?". Y luego surge otra pregunta más: "¿Será que estoy preparado? ¿Me he despojado de todo trazo de mundanalidad? ¿Me he separado lo suficiente del mundo…?"

Poco tiempo después aparece otra noticia que confirma los eventos. En el mar, donde muchos barcos transportan riquezas, algo terrible sucedió. El agua se transformó en pura sangre, maloliente, sangre de gente muerte. Ahora sabemos que estamos en las plagas, y también sabemos que si no nos hemos arrepentido de todo, estaremos perdidos para siempre. Entonces aquella hermana del ejemplo se acordará: ¿Por qué no dejé aquellas pequeñas cosas de lado? ¿Será que ahora estoy salva?

Después viene la mayor de todas las persecuciones. El pueblo de Dios huye de los poblados y pequeñas ciudades, se refugia en las montañas y en los lugares solitarios. Se agrupan en pequeños grupos de personas. Son alimentados por el poder de Dios. Pero atrás de ellos, millones de fanáticos llenos de odio los persiguen sin cesar. En el punto máximo del odio, Dios interviene, mostrándoles su Ley a todos. Y en ese día anuncia el momento exacto de la venida de Cristo. Y la hermana que estaba rodeada de algunos a los cuales ella había llevado al conocimiento del Evangelio, no entiende nada de lo que aquella impresionante Voz está diciendo. Ahora se da cuenta que está perdida para siempre. No fue fiel en lo poco, en las cosas pequeñas, y por ello perdió lo mucho que Dios está ofreciendo. En el día del regreso de Jesús, quizás ella esté todavía entre los que se salvarán, pero en pánico total. Y tal vez se pregunte por qué estará perdida si a través de su obra, algunos de los que están a su lado son salvos. Y escuchará aquellas palabras que en alguna oportunidad ella misma pronunció en algún sermón: "Apartaos de mi, nunca os conocí".

Este modo de razonar, como docente, lo conozco muy bien. Porque es la manera de razonar de los malos alumnos. Cuando ven sus notas bajas, el culpable siempre es el profesor. ¡Siempre! Y dicen: "Pero profesor… ¿por qué me puso una nota tan baja?". Y uno tiene ganas de decir: "Apártate de mí, nunca tuve el placer de ser tu profesor…"

Pequeñas cosas, pequeños pecados, acariciados, con el tiempo se convierten en normales, inofensivos, de los cuales no hay que tomar grandes recaudos, porque no parecen tan malos. Hasta parecen algo bueno, que incluso pueden llegar a colaborar en la conquista de almas para Cristo. Pero en el fondo sabemos que está mal. O en algún tiempo lo supimos. Los pequeños "pecados" quitarán a muchos de la vida eterna, la mayoría de los cuales están hoy en las filas del pueblo de Dios. Y todo ello conforma una fulminante estrategia de Satanás en contra del pueblo de Dios de los últimos días. Quien dude de estas palabras, por favor, lea el capítulo 66 del libro *Testimonios para los ministros*. Pero sólo si está dispuesto a cambiar algo en su vida, alguna de esas "pequeñas" cosas. Si no, continúa ilusionándote con la idea de que estás salvo.

Al escribir esto, me queda una sensación triste, pues sé que muchos dejarán de leer estos comentarios. Pero si no escribo estas palabras, Dios me pedirá cuentas en aquél día. Si alguno de los lectores está prestando atención a los noticieros políticos, sabrá que nos queda poco tiempo de libertad para anunciar la venida de Cristo, y nos queda muy

poco tiempo. El atalaya de Israel ya está tocando su trompeta y alertando a la solemnidad de esos días, los últimos.

Muy pronto, cuando se acabe la libertad, sabrás que ella volverá únicamente después de que Cristo vuelva.

Prof. Sikberto R. Marks



Traducción: Rolando D. Chuquimia
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
www.elistas.net/lista/EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática